

DE LA *CUPIDITAS*: SANTIAGO DE ARCOS Y ARLEGUI / DOMINGO  
FAUSTINO SARMIENTO, UNA AMISTAD DESDE LA DIFERENCIA

Santiago de Arcos  
santiagoarcos.ar@gmail.com

*“A las mujeres que pueblan mi vida, Tasnim de Arcos y Veronica O.»*

*Si no se escribieran cartas intimas, no habria historia auténtica.*

*Lucio V. Mansilla*

Escribir, narrar a través del océano, los días y las distancias atenuando los hechos como un eco lejano, Sarmiento y Arcos, Arcos y Sarmiento, que caracteres y que personajes más disímiles, diferentes, y no por eso menos querido uno para el otro...aquí habita la *cupiditas*, la bondad y la lealtad mas allá del mar y los días que pasan, se mantiene un hábito de quererse, de sentirse parte del otro, hábito que había iniciado un día de 1847 en Nueva York, y que se mantuvo a lo largo de años, viajes, revoluciones y batallas de por medio: Sarmiento y Arcos, ambos representantes del pensamiento de una elite que estaba tratando de constituir naciones a ambos lados de Los Andes, conservador el uno, liberal el otro.

En esta correspondencia, que transcurre entre 1850 y 1874, Santiago De Arcos y Arlegui va a dar cuenta de su afán modernizador, iluminista, absolutamente liberal y su vocación de «chirene» o «salao», entre planes de fronteras, esquemas de colonización y compras de provincias enteras, se van a deslizar gracejos y humoradas, ironías y sarcasmos. Es que De Arcos, de quien el mismo Sarmiento dirá que tiene un corazón de oro, no dejaba pasar ocasión para su ironía y humor negro.

Pero en él también va a nacer una anomalía que devendrá en el viaje balzaciano del burgués conquistador, el que debe realizar una emancipación, no cultural, ya que esta labia le había sido dada por el poder del dinero, una otra, la de sí mismo, porque jamás intenta traicionarse o traicionar; busca incansablemente, imagina un gobierno revolucionario que quitará a los ricos sus riquezas para darlas a los pobres con el fin de constituir una clase de propietarios que fuese capaz de desarrollar el comercio, la industria y la agricultura «civilizadamente», sus prácticas son las del liberal europeo ilustrado, con un afán modernizador a partir de su bagaje cultural, y el político del quehacer nacional (chileno y argentino, respectivamente). Arcos liberado por el dinero

y el desprejuicio es más bien un dandy que se mueve con la misma soltura por los pastizales de la pampa argentina, navega el Paraná o visita a Eugenia de Montijo en sus palacios, y cena con el duque del infantado en París, Londres o Madrid.

Santiago De Arcos junto a Sarmiento pretendieron destronar la democracia de las multitudes de los llanos y pampas, por una oligárquica y hegemónica, elevando el frac a traje nacional.

París, Febrero 12 de 1862

Sr. Don Domingo F. Sarmiento

Mi querido Sarmiento. ¿Por qué no me ha escrito Ud.? Apenas llegué aquí, le escribí pero hasta ahora ni una sola carta de Ud. No serán los triunfos lo que le han impedido hacerlo; estando en California recibí una carta de Ud. escrita desde Palermo, anunciándome el triunfo en Caseros y la caída de Rosas.

La caída de Urquiza y el triunfo más sólido que ha obtenido Mitre últimamente merecían que me hubiese Ud. escrito. Mais a tout peché, misericorde, vuelva Ud. por su crédito y no olvide un amigo de 20 años como me decía Ud. a bordo del “Saintongé” prometiendo escribirme.

Mientras Uds. han recorrido la República Argentina regenerándola, alentando los buenos o castigando ladrones, yo me he aclimatado en Europa, me he tranquilizado, y estoy satisfecho con la posición que tengo.

Ya irá tiempo de acabar con la existencia de aventurero para hacer vida más estable.

No por esto me he condenado a la completa inacción, he vivido demasiado en la República Argentina para olvidarla y espero obtener solo y sin posición oficial más para Buenos Aires que los Encargados de Negocios que han tenido Uds. aquí o en Inglaterra.

Mis antiguas relaciones con la familia de la Emperatriz me valieron en el mes de diciembre próximo pasado, un convite a Compiègne donde permanecí diez días con la Corte de Francia.

Felizmente el número de convidados era muy limitado, lo que me dio ocasión de hablar largamente con el Emperador.

No quiero referirle estas conversaciones. Sería tan largo como inútil, pero Ud. sabe de memoria lo que puedo decir de la República Argentina, de los malones de indios, de la larga guerra civil, de las resistencias de las ciudades a los gauchos, de las facilidades que presenta el país para criar vacas, ovejas, caballos, etc. Pero vamos al grano.

Siempre he creído que el mayor servicio que pudiera hacerse a ese país sería el generalizar en Francia, el uso de las carnes de la República Argentina.

La carne de Buenos Aires (el tasajo) puesta en Europa costaría en tiempos ordinarios de cinco a seis sueldos la libra. La carne fresca cuesta aquí en tiempos ordinarios de doce a quince sueldos libra.

A pesar de esta enorme diferencia en el precio, los pocos ensayos que se han hecho no han tenido éxito porque el aspecto del tasajo es repelente y es necesario haberlo comido muchas veces para gustar de él como gustan, aún los más acomodados, en La Habana o en el Brasil.

Esta mercancía cuya exportación doblaría la riqueza de la República Argentina, y cuyo uso sería tan importante en Europa, donde las materias alimenticias encarecen cada día más, no puede introducirse sin trabajar para ello; sin que el gobierno francés, interesado en procurar al trabajador alimentos sanos y a bajo precio, no proteja de una manera eficaz la introducción de carnes conservadas.

Por otra parte, si Buenos Aires sólo cuenta para la venta de sus carnes con los solos mercados del Brasil y de la Isla de Cuba, su industria no podrá desarrollarse. Ya se han hecho sentir en ese mercado, los efectos de un trabajo un poco más activo. En los últimos tiempos las carnes que valían de 5 a 6 pesos fuertes el quintal han bajado hasta dos pesos fuertes.

La industria ganadera que cada día toma mayor importancia en las provincias del sur del Imperio acabará por quitarle a Buenos Aires el mercado del Brasil y el Río de la Plata sólo tendrá que abastecer el limitadísimo consumo de la Isla de Cuba.

La paz, de que probablemente va a gozar el país, será un nuevo motivo de depreciación en el precio de las carnes. Hasta ahora ni Córdoba ni Santa Fe han podido aprovechar de sus pastos; Buenos Aires ocupa apenas la tercera parte de los campos de pastoreo que puede habilitar; si, esta provincia y las demás de la República, pueblan sus campos no dudo que volverán Uds. a ver los tiempos, en que se criaba para aprovechar los cueros.

El trabajo del saladerista, que sin duda alguna es el que más valiosas materias para la exportación puede dar a la república, nunca adquirirá mayor importancia que el que ahora tiene, si la república no sabe abrirse nuevos mercados.

En Compiègne hablé con el Emperador de las ventajas que encontraría el pueblo francés en procurarse en el Río de la Plata una sustancia alimenticia de tanta importancia haciéndole ver que el comercio de exportación francés ganaría más mientras más se importase de aquel país.

Logré hacerle comprender que los esfuerzos de la industria privada, no podrían vencer la repugnancia o desconfianza con que se mira un alimento nuevo, y por fin que el único medio de generalizar el uso de estas carnes, sería hacerlas consumir al principio por el ejército, porque desde que el pueblo viese que la consume la tropa no tendría desconfianza alguna y la buscaría siempre que le saliese más barata.

El resultado de mis conversaciones fue que el Emperador me pidió una muestra.

A mi regreso de Compiègne. Por el vapor de enero, mi padre escribió a los señores Llavallol pidiéndoles la carne que producen dos reses y espero que a fines de mayo haremos aquí un ensayo práctico del tasajo de Buenos Aires.

Después de Compiègne he hablado algunas veces con el Emperador en los bailes de Tullerías, yo le he repetido fundándome en la proverbial estupidez de los sabios, que para hacer algo lo primero y principal es que no se nombre comisión alguna, para examinar las carnes; que el mejor examen es comerla y si él la juzga sana y buena debe hacer un pedido de 20 o 30.000 quintales para hacer un ensayo formal dándola como ración a la tropa.

Si consigo este primer paso y por su parte me ayudan Uds. mi afán será persuadir algunos comerciantes franceses que hagan pedidos a Buenos Aires para vender a los pequeños restaurants donde comen los obreros carne a 6 sueldos la libra. Haré dar informes sobre estas carnes por los mejores médicos de Francia. La prensa francesa se ocupará de las carnes de la Plata tanto como la prensa de Buenos Aires del pleito de Otero; daré convites a los economistas. Sabré interesar en la cuestión de alimentos baratos a las sociedades de beneficencia y aún atacaré de frente la famosa société de Saint Vincent de Paul para conseguir mi objeto.

El negocio vale la pena, pues si en Francia cada hombre consumiese una libra de carne por semana, no bastarían 20.000.000 de quintales por año.

¡Esto amigo Sarmiento, es lo que puede llamarse diplomacia!, lo demás son pamplinas. Ahora bien. Si el gobierno de Mitre, a quien supongo presidente de la República a la llegada de ésta, o autorizado para nombrar agentes en el extranjero quiere mostrarse inteligente, debe nombrar al teniente coronel don Santiago Arcos para que ocupe el puesto que tan inútilmente han ocupado Alberdi o sus predecesores.

1ero. Porque aquí tengo las mejores relaciones y sé interesar hablando de las cuestiones de por allá, sin fastidiar.

2do. Porque quiero a esa tierra, conozco sus intereses y la serviré mejor que otro en Francia.

En España para deshacer las barbaridades de Alberdi o en Inglaterra si necesitan ustedes hacer algo en materias industriales.

3ro. Porque no necesitando del sueldo para la vida material gastaré cuanto me paguen en convites en hacer hablar del país en lujo, en poner a la moda, pampas, ganado, lanas, ferrocarriles y sobre todo emigración a la República Argentina.

Espero que se ocupará usted de mi encargo. Vea usted a Mitre pues si puedo conseguir pronto una posición oficial, tendré más medios para llevar a efecto el importante negocio que me preocupa y que creo haber iniciado con buen éxito.

Debo advertirle que no queriendo hacer fortuna, pues el porvenir de mi hijo está muy asegurado, ni será diplomático económico ni diplomático comerciante y sin temor puede usted garantirme como hombre que trabajará con tesón en el puesto que creo poder servir mejor que otro.

Adiós. Memorias a Benita y Dominguito y no deje sin contestación

Su amigo

Santiago Arcos

París, septiembre 10 de 1874

Mi bueno y muy querido amigo viejo

No puede Ud. imaginar con cuánto gusto miré esas pocas palabras escritas al pie del plano del parque central de Palermo.

Esas letras tan claras, tan honradas, que pintan tan bien a mi Sarmiento de siempre, me enternecieron recordándome tiempos que ya no volverán para mí: pues hoy, al contestar sus dos renglones, creo que le escribo mi despedida.

Estoy muy enfermo, tengo pocas probabilidades y pocas ganas de sanar. Empezaré mi viaje largo sin inquietud.

Mi hijo, educado ya, parece hombre de juicio y provecho. Queda en posición excepcionalmente buena, muy bien relacionado aquí. Tiene como pintor bastante mérito para que sus estudios artísticos le sirvan de ocupación y para que giren sus ambiciones en un buen círculo. Por otra parte queda con una fortuna considerable. Y sin zozobras por los que quiero, me marcharé sin pena, puesto que la salud nunca vuelve por completo a los que sufren de una afección cancerosa.

Gracias querido Sarmiento por su recuerdo. Nunca he recibido regalo que más me halague. Voy a dar su autógrafo a Santiago para que lo guarde como mi mejor condecoración.

Dios dé a Ud. salud firme para que pueda Ud. ver desarrollarse su obra. ¿Sabe Ud. lo que yo llamo su obra? Voy a contárselo. Hace un mes hablaba, con un antiguo gobernador de Mauricio, del Río de la Plata y preguntándome el buen inglés ¿qué había hecho el presidente Sarmiento? Le contesté “ha hecho cien mil ciudadanos que a su vez harán quinientos mil”.

Ya ve Ud. que yo también puedo firmarme su amigo inalterable.

Santiago Arcos

## SANTIAGO ARCOS

*(Tribuna, 31 de octubre de 1874)*

Dícese que por cartas se sabe que este desgraciado americano se ha suicidado en París. La que había dirigido al presidente, su amigo, y que se nos permite publicar, es del 10 de setiembre, de manera que ha debido ser la última quizá que escribió. En ella se despide de su viejo compañero de viajes y amigo, presintiendo, a causa del carácter de su enfermedad incurable, que está en camino de dejar este mundo.

¡Nada más triste ni más tierno que el contenido de esta carta! Una dedicación que el ex presidente le ponía al pie del plano del Parque de Palermo, había despertado, como de sobresalto, en su alma toda la afición que tuvo siempre por hombre que, con diverso carácter que el suyo, había conocido en la vida privada, en la comunidad de simpatías, privaciones y goces de los viajes; pues recorrieron juntos los Estados Unidos y los Estados de la costa del Pacífico, viviendo en la intimidad en Chile, no obstante militar en partidos opuestos, hasta reunirse en la República Argentina, en la que Arcos asistió a la batalla de Caseros.

Vendría mal recordar con motivo de haber puesto fin a sus días, la interminable historia de los incidentes chistosos que provocaba Arcos desde que despertaba por la mañana hasta que el sueño lo sorprendía riendo. Afectaba, como una manía de Rigoletto, una frivolidad y falta de sentimientos que contrastaban con sus hábitos estudiosos y el afecto entrañable llevado hasta el sacrificio, en favor de sus amigos y de sus hijos. Al que ha conservado y deja bien educado y rico, lo cargaba ya grandecito sobre sus hombros a horcadillas, por quince cuadras una vez, para ahorrarle la fatiga y con tan preciosa carga se entregaba a la irresistible propensión de su carácter de reír y ridiculizar todo lo que caía bajo el escalpelo de su fantasía cómica.

Una de las lecciones diarias, desempeñada por su parte con puntualidad, era contarle cuentos; y como el repertorio no era abundante, tenía que fraguarlos a vista y paciencia del neófito, que descubrió bien pronto la falsificación y a su turno llamaba a su padre y compañero a contarle cuentos inventados por el chicuelo. Entonces Arcos se sentaba en cuclillas a oír con la boca abierta las invenciones de aquella imaginación infantil, mostrando su terror, su alegría, sus simpatías o su odio contra el héroe del cuento inventado, ayudando al narrador, por debajo de cuerda, con alguna sugestión, cuando se enredaba en las cuartas y no sabía por dónde salir del atajo. Enrique IV no era padre más bonachón que el insensible Arcos.

Faltóle una patria para dar a su espíritu y a sus ideas pasto y campo de acción. Nacido en Chile, educado en Inglaterra, joven en España, residente en París, viajero en América, en todas partes siguiendo el movimiento político, con principios ultras, que modificó un poco en su contacto con el señor Sarmiento, liberal conservador siempre y adverso a las doctrinas que salen del camino trillado e histórico, nunca encontró donde hacer pie y radicar su acción, lo que es indispensable para la vida pública.

Era hijo y hermano de banqueros y a causa de su carácter romanesco y de sus ideas políticas, vivió en continuo desacuerdo con ellos y tenido casi en tutela en cuanto a gastos, por no preocuparse mucho del interés del dinero.

Alguna vez, lamentándose de ser tenido por el hijo pródigo de la casa, recordaba que había hecho venir a Chile a su padre y hermanos y dándoles con eso ocasión de acrecer la fortuna común. Después, hallándose en California, hizo ir a su hermano don Domingo, que realizó por algún tiempo un quince por ciento mensual sobre el capital de una casa de banco; y como de ordinario se le asignaba una pensión para entregarse a sus instintos de movilidad de acción, protestaba que él, como los demás miembros de la familia, había contribuido a la prosperidad de los negocios.

Estos y otros contratiempos de su vida los recordaba sin amargura, haciendo objeto de broma la injusticia de que se creía víctima. Echándole en cara su padre, el viejo más positivo y esterlino que haya, su conducta revolucionaria en Chile (el banquero proveía fusiles): –¡Qué quiere usted, padre; tengo cojo el juicio!; y esto dicho con una cara de compunción que hacía volverse al otro lado al del sermón, por no soltar la risa ante penitente tan arrepentido.

Habría sido un escritor de viajes si hubiera llevado apuntes de sus correrías. Fue el primero en penetrar en el Paraguay, luego de la muerte del doctor Francia, encontrando a aquel pueblo secuestrado por espacio de medio siglo del contacto con el mundo. ¡Qué escena para un Livingston! Puede reducirse a una broma graciosísima, acaso inventada por él, la impresión que debía causarle un hombre que había estado en todas partes. “Con que, mi don Santiago –le decía un sabio de entonces, con asombro–, ¡ha estado usted en un Londres! –Sí, señor; y en un París. –Sí, señor; y en un Madrid y en un Buenos Aires. –Sí, señor. Todo río abajo. ¡Eh!...”

“Como no conocían entonces –añadía Arcos como comentario– más que el Río de la Plata, creían que Londres, París, Madrid, estaban a orillas del río, más abajo de Buenos Aires.”

Fue de los primeros en acudir a California, cuando el descubrimiento del oro atrajo la atención sobre aquellas comarcas. Acertó a encontrarse a bordo de un buque con un argentino, fanático admirador del señor Sarmiento, su amigo, y para dar curso a su espíritu travieso poníale todas las tachas imaginables al héroe, para hacer desesperar al entusiasta. Cuando ya no podían verse por el odio que tanta contradicción inspiraba y estaba agotado el asunto, lo llamó un día a que leyese ciertas cartas de la República Argentina, en que se hablaba de Sarmiento, y el otro, leyéndolas con desconfianza, temiendo un nuevo ataque, encontró que eran de puño y letra del que motivaba la discordia, dirigidas a su detractor Arcos y respirando los sentimientos de la más cordial amistad.

Lo que hay de singular en esta historia es que Arcos ha muerto pronunciando el nombre de su amigo, y aquel admirador entusiasta cambió más tarde de objeto de su culto y durante su presidencia halo contado entre sus más calurosos adversarios!



¡Pobre humanidad!

Emprendió Arcos su viaje al sur de Mendoza hasta el Río Grande, que es el Colorado en su embocadura, de que no ha dejado sino relaciones orales. Era ingeniero, dibujaba con soltura y gustaba de levantar cartas geográficas. Últimamente, hace tres años, emprendió con su hijito, en vía de recreación, un viaje por los Pirineos, a caballo ambos, como su viaje en América, gozando así de la ventaja de recorrer montañas escarpadas, visitar aldeas y caseríos recónditos y enseñar a su hijo a viajar sin el auxilio de diligencias y hoteles, que quitan a la excursión todo color local y a las fatigas el incentivo de la novedad.

Encontró en esta excursión gentes en extremo pobres y trabajadoras, ignorantes de todo lo que pasaba en las tierras bajas y como Don Quijote a los cabreros alrededor de la lumbre de pino resinoso, describíales las llanuras de la República Argentina, los ganados que en ellas pacían por millares y la facilidad con que los emigrantes adquirían tierra y hacían rápidas fortunas. Era de opinión que debía el gobierno argentino abrir un camino a la emigración de estas familias trabajadoras, morales y sencillas, que luchan toda su vida con una naturaleza ingrata y un suelo rebelde para arrancarle una miserable subsistencia.

Los incidentes que siguieron a Cepeda estorbaron la realización de un viaje que tenía concertado con Sarmiento a las antiguas misiones jesuíticas colindantes con el Brasil, porque siempre sus viajes eran a los puntos poco franqueados, a los desiertos, entusiasmándolo las escenas solitarias de la naturaleza salvaje, las peripecias y peligros obviados en estas aventuras, y ya se concibe que el compañero de viaje se aprestaba a oír turbada la quietud de las selvas, con el buen reír del protagonista o algún chasco que le preparaba, para hacer menos tediosa la jornada.

Tenía una predilección especial por la República Argentina, adonde trajo su familia con ánimo de establecerse y siguiendo las aguas de sus amigos Sarmiento y Mitre. No le fue agradecida la tierra, y en su campaña al lado del general vencido en Cepeda tuvo ocasión de experimentar contrariedades y repulsiones injustas y que provocaba su misma consagración al servicio del país, y que dejaron tristes recuerdos en su ánimo. Hubo de ser víctima de un complot abominable, urdido por la envidia y la malquerencia.

Escribió en París y publicó a sus expensas, en grueso volumen, una historia de la República Argentina, de que han circulado pocos ejemplares aquí, y existirá acaso en poder del librero.

Nuestra vida política y nuestros partidillos personales hacen que la prensa se ocupe poco de lo que no conduce directamente a hacer gobernador a Fulano y presidente al mismo que fue presidente o vice y el público ignora cuanto en libros, en viajes y en descripciones interesa al país y contribuiría a su mejora.

Dícese que sinsabores domésticos y sociales han contribuido, tanto como su incurable enfermedad, a hacer desesperar de la vida, al hombre que había nacido con

todas las dotes que pueden hacerla amena y agradable, sin escasearle los favores de la fortuna, los gustos literarios y artísticos y las conexiones más estrechas con toda clase de personas honorables y en alta posición, pues era conocido del emperador Napoleón III, sus viajes y su admirable familiaridad con el inglés y el francés, que hacía dudar a los nacionales a cuál de aquellas naciones pertenecía, lo ponían en frecuente contacto con viajeros, hombres de Estado y diplomáticos. Sabíase todas las historietas y bon mots que hacen reír a franceses, ingleses y españoles; había él atesorado en sus viajes por América una rica colección de ridiculeces y añadido otras de su propia invención y experiencia. Poseía la música como arte, a punto de acompañar a primera vista, durante quince días, a la prima donna Fortunata Tedesco a recorrer su inmenso repertorio, buscando las arias más agradables o simpáticas al oído, y su afección por sus dos primeras esposas, muy dignas por cierto de ellas y el amor entrañable a su único hijo, habrían bastado para labrar la felicidad de cualquiera otro. ¡Cómo se enredan al fin los hilos de seda y oro de la trama de la vida, de manera que no haya otro remedio que cortarla y dejar su puesto en el mundo, y no tener otro epitafio que el recuerdo de un amigo antiguo, que penetró hasta el fondo de aquella alma impresionable, inquieta, ligera, burlesca y que puede dar testimonio sin embargo de que era la bondad personificada con la hidalguía y la generosidad del caballero, a más de los sentimientos del padre, de que su última carta da tan tierna e interesante muestra!

[.....]

Si era el canto del cisne, es a fe el más grato que se haya escapado de pecho humano al acercarse al borde de la tumba. Ni una queja, si hubo otras concausas que lo precipitasen a más de la enfermedad. El trance que presiente es otro viaje más largo que el de California o el del Paraguay, o el de regreso a la América con su viejo amigo, a quien estrecha la mano y agradece como Eloísa a Abelardo un renglón que por accidente viene a despertar afecciones y recuerdos gratos, que sirven de bálsamo a sus dolores físicos y acaso morales, y le dan ocasión de legar a su hijo esta amistad, y al amigo darle cuenta de que deja sus cosas en orden, puesto que su hijo queda establecido, con profesión, relaciones y fortuna. Acaso aquella esperanza de que con su arte giren las ambiciones de su hijo en un buen círculo, es un cargo que se hace a sí mismo de que las suyas no supieron concretarse, por el cosmopolitismo de su existencia.

De todos modos, fue feliz accidente el de aquellos renglones que tocaron la fibra de un pecho que va a dejar de latir luego, y le arrancaron armonías de un alma y un corazón sanos, ardiente el último para los afectos, recta la otra y tranquila para ver la tumba y poder echar atrás una mirada, que no ha visto sino un hijo feliz y un viejo amigo.

Acaso el joven pintor envíe al objeto de este recuerdo su retrato y entonces la imagen de Arcos, con su ceño casi airado, precisamente porque está a punto de reventar de risa, venga a consolar en la vejez a su amigo, a darle la misma tranquilidad

de ánimo para emprender el viaje largo; y si no deja bien establecido hijo tan bien educado como el suyo es porque pagó un tributo carísimo a una patria que faltó a Arcos, si bien le quedan los cien mil que éste cuenta, y le serán tenidos en cuenta, por los errores y flaquezas de la vida.

*(Obras completas de D. F. Sarmiento, Tomo XLV: 324-331 Necrologías. Buenos Aires: Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900).*

## CARTA DE SANTIAGO DE ARCOS ARLEGUI A JUAN BAUTISTA ALBERDI

Santiago De Arcos y Arlegui expresa en esta carta la opinión que se ha formado del libro de Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), planteando la inexistencia del partido federal y el extremo disciplinamiento que ejerció sobre las subjetividades el gobierno de Rosas, al imponer un modelo hegemónico mediante el terror. Realizando, por otra parte, un análisis descarnado del momento político y sus hombres, planteando que el único instrumento posible que confiere voluntad de poder es el látigo sobre la cabeza de las provincias. De Arcos sostiene y mantiene la teleología de Sarmiento: Civilización o Barbarie, donde civilización significa frac: europeización, mantención de la Aduana y sus recursos en poder de Buenos Aires así como la subyugación de las provincias al eje porteño.

Hay un pasaje que nos interesa sobremanera, ya que echa por tierra toda la mitología construida sobre el famoso encuentro de Santiago de Arcos con Bilbao y los Matta hacia 1845 en París, el que solo habría sido posible si de Arcos hubiese tenido el don de la ubicuidad, ya que como él mismo dice "... *Si como yo hubiese Ud. vivido en Buenos Ayres en 45 y 46...*", y como sabemos que arribó a Buenos Aires en 1844 por boca de Lucio V. Mansilla, podremos decir que el oficio de historiador a veces no ha sido bien servido.

Santiago de Arcos

Santiago 18 de Septiembre de 1852

Sr. D J B Alberdi.

Mi apreciado amigo. He leído su libro, no con sentimiento hostil como dice Sarmiento –pero sí con muchísima atención. La opinión que formo de el ahora que lo conozco es la más alta– no solo ha reunido Ud en el todas las ideas prácticas que harán una república del territorio argentino –sino que ha dado Ud lección a la América toda– Su libro será la base de un partido nuevo –a cuyo triunfo se deberá algún día la realidad de la Independencia de la América Española–

Tal es la opinión que formo de el –He encontrado un solo error perjudicial únicamente a la república argentina, error que explico por su larga emigración–

Ud cree en la existencia de un partido federal –esta Ud equivocado– Si como yo hubiese Ud vivido en Buenos Ayres en 45 y 46 –Si como yo hubiese recorrido en 49 las provincias de la confederación que por su distancia de B Ayres parecían deber escapar a la influencia de Rosas, hubiera visto que Rosas no solo había usurpado la suma del poder público– sino la suma de la inteligencia pública.

Antes de la batalla de Monte Caseros en la república Argentina eran los hombres o máquinas que gobernaban impulsados por Rosas –a enemigos ocultos del gobierno–

Estos enemigos de Rosas –esquejando la emigración, no eran ni federales ni unitarios –eran anti rosistas y nada más–

Caido Rosas dos partidos se han encontrado frente a frente –los hombres acostumbrados a ser obedecidos hombres que no piensan –cuya nulidad es– casi incomprendible –y los antes pisoteados por ellos– Estos son los únicos partidos– De este me he persuadido más oyendo los detalles de la campaña y actos de Urquiza –Urquiza no es otro sino Mallea– Lucero, Benavides, Lopez como estos hombres Urquiza nada sabe nada comprende y si Urquiza permite ahora la reimpresión de su libro en Buenos Ayres es porque no comprende la influencia que tendrá–

El error de su libro, – es decir una o dos frases de su constitución que están en desacuerdo con sus bases son concesiones que con la mejor intención ha querido Ud hacer a personas a quienes suponía Ud intenciones convicciones políticas – Ud si ha explicado la caída de Lopez y su ministerio Gutierrez – Lopez por la existencia de un partido federal – enemigo de los errores de Rivadavia – que Alcina y los unitarios viejos han querido establecer – – Yo no lo creo así – opiniones federales no hubiesen sostenido a Gutierrez – no hay cordura posible con los caudillos – no hay concesiones que puedan satisfacerlos – es necesario prostituirse como Arana y Cia o echarlos abajo – Es necesario caminar sobre ellos con el látigo levantado, y pegar sin miedo – los golpes solo caen sobre sus personas, no hay partido allí a quien sajar – Si vuelve a escribir – no tenga consideraciones de ninguna clase – y vera Ud sus libros – no solo

coronados de uno escito de [para...]<sup>1</sup> como indudablemente tendra su excelente libro – sino coronados de un escito inmediato aplaudido por todos como quiza no lo sera su libro – por las cartas conseciones que Ud ha hecho a un partido que no esciste –

Yo sigo escondido aqui – el gobierno se entretiene con meterme miedo con la carcel – yo no le hago caso y espero que se habra la cordillera para irme a Sn Luis a buscar mis soñados lavaderos – Memorias a Dn Gregorio y demas amigos y Ud reciba las veras de mi amistad

Santiago Arcos.

---

<sup>1</sup> ilegible en el original.

Washington, 18th September 1892.

Dear Mr. Brewster,

The birds which, as you sent me, I have been able to identify as follows:

1. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

2. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

3. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

4. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

5. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

6. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

7. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.

8. *Colinus virginianus* - very common in the mountains of the West, but not so common in the East.







como guerra se lo ven en libro - pero por estas circunstancias  
que del ha hecho a un partido que me unite -

- El tipo cree de este tipo - de gobierno de este tipo en  
nuestro mundo que la parte - Es de King, pero y efecto  
que se hacen, la cantidad para con el Reino o guerra  
por muchos facciones - Ingresos a la Ingresos y otros  
amigos y del resto de mundo de un mundo

David P. Jones







